

EL REFUGIO DEL ÚLTIMO ARCÁNGEL

Imagino que fue el momento en el que todos nosotros perdimos la fe en un Dios o Ser Supremo, cuando éste perdió la confianza en nosotros, abandonándonos así a un fatal destino sin necesidad de mandar diluvios ni ángeles ejecutores, sino simplemente dejando que la maldad innata al ser humano no tuviera adversario.

Mi nombre es Job. Hará poco más de treinta años que nací en mitad de una oscura y fría noche de enero, en un pequeño pueblo rodeado de blancas montañas. De mis padres heredé oscuro pelo y compleción fuerte. Con mis amigos y hermanos aprendí a luchar por los sueños que merecen la pena.

Escribo esto desde una cueva de arisca roca y difícil acceso, que junto a mi amada Laila tomé como hogar. Debo de agradecer a la diosa Fortuna y a la profunda vegetación de este bosque que todavía sigamos con vida. Ella duerme ahora plácidamente en la cama a ras de suelo, bajo gruesas mantas, con sueños del pasado y sobresaltos del presente.

Parece que hayan pasado décadas, pero pienso que si no logras recordar cuándo tuviste la última conversación con otra persona que no sea tu pareja, la percepción del tiempo pierde su lógica.

Siempre me gustó la idea de conocer el pasado para entender el presente y, así, poder predecir el futuro. Espero que todo lo que aquí está escrito sea leído a conciencia y os sirva como enseñanza, si es que acaso aún quedara una brizna de aliento humano sobre estas tierras.

Todo comenzó no hace mucho tiempo. Varios países, incluido el nuestro, tenían un futuro incierto. Aunque todos éramos conscientes de lo complicado de la circunstancia, nadie hizo nada, confiando en que se saldría adelante porque sí, porque nada malo podía ocurrir, depositando toda la responsabilidad en el optimismo del mañana.

De camino al trabajo, escuchaba como cualquier tema de conversación de parada de metro y bus se colmaba de tonos pesimistas. El clima se escapó de un manicomio, los niños ya no jugaban a lo de siempre y no era fácil encontrar la mano amiga de un extraño.

Yo trabajaba como médico especialista en traumatología de un prestigioso hospital, sito en una ciudad gobernada por las prisas. A media mañana solía bajar a un bar próximo al centro hospitalario, en donde además de coincidir en el almuerzo con algunos trabajadores de otras profesiones, también compartía con ellos cierta admiración por la guapa Alina, camarera que, recién llegada de los Cárpatos, lucía siempre una modesta coleta rubia y una sensual sonrisa maliciosa. Algunos de los clientes habituales sufrieron un progresivo recorte en su calidad de vida. Tanto fue así que el jefe de Alina, Don Manuel, acabó cerrando el local.

En mi centro disminuyeron drásticamente las consultas de bajas laborales por enfermedad, dado que nadie quería arriesgarse a perder su trabajo. Entrábamos en la era del ahorro y algunos utensilios médicos comenzaron a ser de inferior calidad. Dentro de una serie de recortes y ajustes, se optó por no cubrir las plazas de médicos vacantes, con lo que tuvimos que trabajar durante más horas para compensar la falta de personal, llegando a veces a la extenuación física y mental. Ese edificio destinado a la curación nos estaba quitando la vida